

Alain Finkielkraut

Y si el amor durara

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza Editorial

Título original: *Et si l'amour durait*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Stock, 2011

© de la traducción: Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;

teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7513-8

Depósito legal: M. 2.778-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prólogo
11	El enigma de la renuncia
41	El infierno del resentimiento
69	El lamento del desamor
103	Más allá del romanticismo

Prólogo

El enfant de bohème ha llegado a rey

POR MUY REACCIONARIOS O progres que seamos, por muy vueltos que estemos con nostalgia hacia el pasado o por mucho que miremos con resolución hacia el porvenir, todos somos modernos en que reivindicamos y ejercemos la libertad de amar a quien queramos, como queramos y el tiempo que nos dé la gana.

*El enfant de bohème*¹ ha llegado a rey. Hemos barrido las convenciones y suprimido las constricciones que pesaban sobre el amor. Sea cual sea el *modus operandi* de nuestros encuentros, nadie elige a nuestras parejas por nosotros. Ninguna autoridad ajena nos dicta nuestros propios comportamientos. La colectividad se ha quedado sin voz en el capítulo. La unión conyugal es cosa de individuos y no cosa de familia. Somos, dicho de otro modo, los dueños de los compromisos que contraemos.

¹ Alusión al estribillo del aria (habanera) «El amor es un pájaro rebelde», en *Carmen*, de Georges Bizet. (*Nota de los traductores.*)

Nuestra vida nos pertenece. Nuestro corazón es nuestro único guía. Tal soberanía nos colma, pero también nos confronta, sin escapatoria posible, con las preguntas que atormentaban a la princesa de Clèves: ¿basta con amar para saber amar? ¿Es el propio amor amable, digno de estima y de confianza? ¿Posee recursos suficientes, una vez levantadas todas las prohibiciones, rotos todos los tabúes, vencidos todos los obstáculos, para resistir el paso del tiempo? ¿Tenemos motivos para creer aún en el amor duradero, o tal promesa es una quimera, una ilusión, una añagaza, un peligroso espejismo?

Podemos tratar esas cuestiones, que están ya en el lote de lo que a cada uno nos toca, por medio de la estadística y de las ciencias sociales. Sin desestimar la utilidad de semejantes enfoques, he elegido otro: la literatura. Después de Madame de La Fayette, Ingmar Bergman, Philip Roth y Milan Kundera han sido mis batidores.

NOTA: Agradezco a Thierry Grillet que me haya espolado invitándome a dar una serie de conferencias sobre la novela de amor en uno de los anfiteatros de la Biblioteca Nacional de Francia. También han sido de provecho para mí la atención que me prestaron los alumnos y sus intervenciones con ocasión de un seminario impartido en la Escuela Politécnica sobre este mismo tema. Mi gratitud se dirige finalmente y una vez más a Bérénice Levet, que me ayudó con sus consejos cuando estaba en el duro tajo.

El enigma de la renuncia

MADAME DE LA FAYETTE

La princesa de Clèves

LAS PRIMERAS PALABRAS DE *La princesa de Clèves* nos sumergen en un universo fabuloso: «La magnificencia y la galantería nunca se dieron en Francia con tanto resplandor como en los últimos años del reinado de Enrique II». Lujo en los adornos y ropajes, distinción en los modales: seres excepcionales brillan con todo esplendor. «Jamás se vieron en corte alguna tantas mujeres hermosas ni tantos hombres de admirable prestancia; parecía como si la naturaleza hubiese hallado placer en dotar con sus más preciados dones a las más grandes princesas y a los más grandes príncipes». Ninguna discordancia, pues, entre las cosas según son y según se ofrecen a la mirada, nos dice Madame de La Fayette. Ningún juego entre la jerarquía social y la jerarquía natural. Nos vemos invitados a admirar el orden del mundo y la superioridad de los nobles. Pero el deslumbramiento es de corta duración: «La ambición y la galantería eran el alma de aquella corte y ocupaban por igual a hombres y mujeres. Exis-

tían tantos intereses y tantas cábalas diferentes, y las damas tenían en ello tanta parte, que el amor se hallaba siempre mezclado con los asuntos, y los asuntos con el amor. Nadie estaba tranquilo ni indiferente; se soñaba con elevarse, con gustar, con servir o con perjudicar; no se conocía ni el tedio ni la holganza, y siempre se estaba ocupado en placeres o en intrigas».

La galantería, aliada con la ambición, ya no es cortesía sino seducción. Simulación, stratagemas. Y la apariencia ya no es aparición sino engaño. Nada más acabado de plantar el maravilloso decorado, Madame de La Fayette muestra los bastidores. Parecía que estaba celebrando la coincidencia triunfal entre el ser y el parecer cuando empieza ya a dar fe de la desunión entre ambos. Y el ser es el ser del hombre: por detrás del espectáculo encantador de la desigualdad, Madame de La Fayette ve cómo trabajan los resortes de la psicología común. Los ardides y las rivalidades reinan donde la perfección parecía desplegar sus encantos. El ejercicio de la sospecha disipa la impresión de belleza feliz y de educación resplandeciente. Así, para nuestro gran placer de lector, la novela se alza contra lo novelesco. Y es que desde La Rochefoucauld y sus despiadados *no sino* —«Lo que tomamos por virtudes no es con frecuencia sino un ensamblaje de acciones diversas y de intereses diversos que la fortuna o nuestro ingenio saben amañar»; «La humildad no es a menudo sino una fingida sumisión de la que nos valemos para someter a los demás»; «Lo que llamamos liberalidad no es, la ma-

yoría de las veces, sino la vanidad de dar»; «Lo que los hombres han llamado amistad no es sino un arreglo recíproco de intereses y un intercambio de buenos oficios, no es finalmente sino un comercio en el que el amor propio siempre se propone ganar algo»—, desde La Rochefoucauld, pues, estamos convencidos de que *la sospecha es el camino real de la inteligencia*. La verdad tiene para nosotros el sabor amargo de la desilusión y de lo inexorable.

Al igual que el autor de las *Máximas*, su amigo, su compañero, Madame de La Fayette tampoco se deja embaucar por nada. Pone al descubierto los tejemanejes y la violencia aterciopelada de la sociedad que primero había presentado como admirable. Pone las cartas boca arriba. Aunque tampoco se deja arrastrar por la ebriedad del desengaño. Su tema central es el amor. Y si hay tantos amores que sirven a las ambiciones, si hay tantos también que, según lo dice en términos propios de La Rochefoucauld el protagonista de *La noche y el momento*, obra maestra de Crébillon, solo son «deseos que se exageran o movimientos de los sentidos que la vanidad del hombre se complace en convertir en virtud», el amor verdadero resiste a la sospecha. No es ni un testaferra ni una argucia; no es ni un medio ni una mentira; no es sino él mismo. No se acaba con él privándolo de su nombre. La reducción no le hace más justicia que la hipérbole. Para comprenderlo, hay que sustraerse a la alternativa del idealismo y del realismo: tal es la gran lección de *La princesa de Clèves*.